

Ella puso el relámpago

JORGE CHARPENTIER



El Forum Internacional de la Poesía propone, en edición bilingüe a favor del traductor Frederick H. Fornoff, el arte cedido por el mecenas Carlos Lachner, el arte visualmente plas-

mado por Jorge Albán y la audacia paciente del poeta Laureano Albán, el texto tridimensional de la poesía, esta vez como arte que emula el esfuerzo del mural y la escultura: *Enciclopedia de maravillas*.

Si se hubiese tratado de transgredir las frecuentes y patéticas originalidades, no hubiésemos tenido este encuentro con lo serio del atrevimiento. Laureano Albán, desde poemas primeros abrazado a la luz de Jorge Debravo y a la consistencia poética y humana de Julieta Dobles, creció hasta alcanzar la sombra del gigante que su *Enciclopedia de maravillas*.

Todo artista —que honestamente se interioriza como tal— sabe que el camino comienza con la sinrazón y que, a ciegas, penetra con la intuición de dedos entre el alma de las cosas, los gestos, los afectos y las maravillas, para amamantar sensaciones, heridas, fanatismos, formas y palabras. Después selecciona, después une. Después une. Después decide: este es el poema, esta es la obra. De ahí que todo parto artístico, al igual que todo parto, deba cumplir con su tiempo: ni feto, ni nonato. *Enciclopedia de maravillas* niega lo último y afirma lo auténtico.

Aunque en buen decir, 12 años de lucha contra el abecedario, son 12 años de lucha intencional por lograr desentrañar a poemas lo que etimológicamente

"Si tengo que escoger/ entre el cabello lleno/ de extendidas almohadas, / y la música tuya, / (...) yo vivo con tu música/ y el cabello lo invento."

enciclopedia: círculo e instrucción, y por definición "conjunto de tratados pertenecientes a diversas ciencias o artes."

Doce años pueden ser doce libros con unidad temática, o doce poemas con la unidad particular que hace de cada uno una obra de arte individualizada. Pero doce años enciclopédicos o doce enciclopédicos años, exigen un trayecto sólo permisible al que admite la vocación y hace hábito y convento para la misión que su interioridad le impuso como condición para sacrificios.

Esto ha hecho el poeta Laureano Albán. Susurrante y aconsejador, a más de verdugo, le fue obligando en cabalístico doce, la tarea de una enciclopedia en la que testimoniara sobre las cosas, los seres, los afectos, los cuerpos, la familia y lo maravilloso perpetuo: "La enciclopedia es esta rosa loca/ que se pone a llorar cuando la dejan sola..."

Las trampas del poeta

Y si de abecedario se tratara para tenderle trampas al poeta del poeta, ya este pone valla a ese camino: "Ay, he olvidado el abecedario/ Su orden alucinadamente escolar, / torpemente previsto/ por la

historia sin besos. (...)"

El universo de Albán es constatación del andar en peregrinaje por quién sabe qué caminos desamados o a pesar de cuántas rutas temerosas. De ahí las cosas que se multiplican fantasmas y ofensas sustitutas de lo humano: "Las cosas tienen algo/ de pánico en sus ojos, / como si fueran hechas de sustancia de estrago. (...)" Las cosas son también en el poema afirmaciones que excluyen: "Todas las cosas vivas/ y erráticas, soñadas, / antes de ti llegaron/ a la banca del parque donde yo te esperaba." Las cosas ya no permiten en el poema de Albán ser "cosificadas"; se rebelan, reniegan, exigen existir sin que el hombre las mire o decida que son cosas. Tienen alma y piensan.

A lo largo del enciclopédico poemario desfilan las cosas con una solidaria obstinación, muy lejana esta vez a la humilde pasión cartuja de lo humano que pareciera tatuar el agonizante siglo XX.

La línea poética de Albán se sostiene debajo en punto junto del error de la balanza: "La balanza no debe/ equilibrarse nunca (...); y se cree en duda al preguntar en poema homónimo "¿Quién pesa más, / el soñador o el sueño? (...)"

Si las cosas se hermanan en juego de collar y aviso humo (el dicen), también a fuerza de roturas los poemas testimonian la esencial naturaleza: el agua, el aire, el bosque. El agua, inasible antes y después de Heráclito, contamina la intuición del poeta para escaparse al instante pleno en el que la asume con palabra: "Arrastra tantos silencios/ que no sabe del silencio. Ella, el agua, está dormida/ desde el día en que nació (...)". El poeta del otro elemento presocrático —el aire— no se hace esperar, porque debe sostener hilo, sutil, engaño de verdades, la húmeda persistente claridad del agua que pasa: "El aire está en la mano/ como un pájaro húmedo (...)"

Toda la naturaleza, en definitiva se hace suma en la nostalgia del bosque, símbolo de contradictorias libertades y prisiones de destrucción y nacimiento. Toda naturaleza, fragmentada en el cuestionamiento lírico de la obra de Albán, encuentra nido en el plural del bosque, " (...) raíz de todas/ las lluvias que no descansan (...)". Agua, aire y bosque hacen techo sobre estos libros que a veces son horas y a veces paisaje y a ratos se curvan en intencional abecedario: agua, aire, bosque.



Ilustración de Jorge Albán que sirve de portada al tercer tomo de la *Enciclopedia de maravillas*. Forma parte de la muestra fotográfica de este artista que tiene actualmente en exhibición en el Museo Calderón Guardia.

Sigamos con el cuerpo

Entre la irrupción oportuna de Góngora (1561-1623): "(...) goza cuello, cabello, labio y frente, (...)" y la perfección renovada del soneto de Miguel Hernández (1910-1942): "¿Recuerdas aquel cuello (...) almenadamente blanco y bello/ una almena de natar giratoria?", despiertan con Albán particularizados los testimonios líricos de piel llamando a tacto, cabeza y cabellera; cara, boca y frente; garganta, espalda, columna y cadera; brazo y dedo; corazón y espíritu; para cerrarse en un todo: el cuerpo. La cabeza, enguida, segura de ser torre, visible por altiva, ya se mire desde abajo hasta su cumbre finita o se contemple desde arriba para apresaria con neblina de nostalgias, a solas y en soledad: cabeza, "círculo" o "vaso" o "laberinto que debiera sombras".

Entre andaluces influencias anda la imagen, ya gongorina o

bernardiana: "... es una loca bendecida, cetro de arcilla que los oros pide (...)" A esas "torres del azar" acuden cabelleras como fulgores, que se ponen a crear a tiempo que el ojo poético arranca del instante la fuga del pasar de un montón de trigo o de una nube breve que sin moverse, preside de la belleza del conjunto: "Si tengo que escoger/ entre el cabello lleno/ de extendidas almohadas, / y la música tuya, / (...) yo vivo con tu música/ y el cabello lo invento."

La cara, dibujo de espejo y cofre, sorpresa de milagros, es el además que sigue en el retrato. Debe ahora el pincel de la intuición poética conformar el sueño de lo idealizado, hacer piel lo soñado y darle vida-poema a las vasijas de las manos para contener la condición ovalada: "... tacto de arcilla en beso, (...)" Y la arcilla reclama espacio, túnel de labios lleno, boca que grite o cante, comisura para lágrimas cuando los ojos, de apretados, no pueden sacar los mares amar-

gos: "Porque la boca es más honda que los espejos del hombre, (...)" Y señal para el rictus, la frente, reloj de arena que marca los horarios desde la cabellera hasta la boca: "... la frente seguirá sosteniendo/ osadas lejanías despertadas/ que dibuján el alma inaccesible..."

Se regresa a Góngora ("goza cuello, cabello, labio y frente") para posarse en Hernández ("el cinto cuello"). Garganta, freno de líquidos prohibidos en los que ciuta y miel ponen a prueba la estatura cotidiana de los cuerpos.

Y en la escultura contemplada, espalda, columna, cadera. Por tu espalda "... cuántas horas viajé con los ojos cerrados...", "... tu cadera que es mares/ y mares que yo bebí..." Posesión, evocación de lo sentido y cinceles que posibilitan alternancias, hacen coincidir lo que distribuido, por leyes y somete a juicio la enamorada libertad de la poesía. El gesto corporal se alarga en vuelo, y a la vez que intenso, limita su presencia; porque no

puede andar mutilado el pájaro, ni a solas la voluntad del tacto. Los dedos tienen también misiones ineludibles para llenar los avisos: "Sus funciones plenarias/ son el tacto y la herida..." Pero nada hace el hombre con su edificio sólido, carnal, tocable, animal sensible que reclama y recuerda. El corazón y el espíritu constituyen el cuerpo real de todos los cuerpos que llevamos dentro y ponemos en amor. Sin ellos, muertos impotentes para el diálogo de la vida. Sin ellos, miembros de fetiche y cosas, aldeas culpables de abandono y búsqueda infernal de algún mediador purgatorio. Los cuerpos son en definitiva, las decisiones del corazón y del espíritu. Y al cerrar esta etapa (no en su orden enciclopédico, sino temático), culmino con el poema de Albán, no por fenómeno cubista a la inversa sino por afirmación que de sus verdades poéticas declara: "El cuerpo viaja: / la tormenta del tiempo, / la tormenta de todas las ausencias, / lo lanzan sin cesar hacia el azar."

Alambrados poéticos

No pueden faltar en los alambrados poéticos los afectos que siempre se pronuncian contra olvidos; ese reclamo de ausencia y a la vez constancia: "Jorge todavía seguimos aquí, inevitablemente azules." Epigrafe que rasga en *El amigo* la memoria de Jorge Debravo, el joven maestro que "... se fue a medir el sueño..." En la misma tesitura y variaciones para expresar la ruptura, el poema *La amante*: "... La amante se murió! ... Ella puso el relámpago/ y yo puse la ausencia..." Pero también se agrupan en las honduras de la sangre el abuelo, la camisa, la casa, el armario, el baúl; todos forman el gran poema distribuido de la nostalgia, en el que canta desde lo mínimo hasta la arquitectura personal del espacio-casa crecido dentro del poeta como conciencia de "barro y tiempo." ¿En dónde está el abuelo? "con sus manos que hablaban profecías de arcilla..."

¿Y la camisa del padre que "... era el destino/ y era azul casi de madera y olvido?" ¿Y el delantal de la madre, uniforme del alma que aún recorre la casa? El poeta Albán la evoca recorriendo el mar del hogar, los ríos de los corredores, y la deja para siempre nombrada: "Yo creo que mi madre/ todavía se pone el delantal aquel para acercarse pronta/ a los ríos del mundo..."

Establecidos los cuerpos de los afectos más ligados al consentimiento poético, la generosa voz nos invita a compartir "El

tiempo de la viña..." y "La mesa y su ofertorio...". "Esta es mi casa. Entrad." Los poemas *La casa* y *La familia* se anillan para legitimar la frondosidad del árbol que siempre señala como flecha las mareas ineludibles de la vida y de la muerte.

El armario y *El baúl* se prestan como unidades líricas para regresarnos al secreto de los indredientes que sacan de escondites los primeros milagros, y dejan para búsqueda en vejezes recuerdos de traspapeladas herencias que vidas ajenas han ido dejando en mohoso fondo: "El ardo-

mario era gris y tenía vocación de rosa rota." "En el baúl de mi abuela había rosas ahogadas al fondo."

Y todo esto de los afectos se abre como un relámpago —ruptura y cierre— en *El abrazo* y en *El adiós*: "El abrazo me pierde... Es algo de familia, / —me digo caminando— ... "Abrazo que nunca es transigir y menos condescender con victorias enemigas. En *El adiós*, poema temática de los afectos, Albán niega las derrotas: "Adiós no me vencerá..." "El adiós no podrá afrentar el milagro."

Lo maravilloso perpetuo se desgrana en toda la obra de Albán: la fábula, el dragón, el demonio, como seres mágicos; el arpa, la brujula y la computadora, como objetos maravillosos que germinan renovados en los cuentos de hadas. Augurio, azar, fantasía y asombro se empanan del ansia y la agonia en variaciones que nunca descansan en el motivo exacto.

Difícil tarea le exigió a su poeta el otro poeta Albán. Después de esta titánica experiencia, audaz y perfectible, Laureano Albán debe regresar al libro-unidad, al poema que derrama su primera metáfora para decirnos e x t e n u a d o - hasta aquí, ya estoy hecho. No será una tregua para esta agotadora pasión de la *Enciclopedia de maravillas*, será el regreso a los grandes pequeños libros, y ya su palabra nos lo confirma en el poema *La fábula*: "Por eso el hombre, siempre/ cuando quiere cantar, le graba un estallido/ de luz inaugurada/ a la palabra exacta de la muerte." Y oye como el poema/ le recuerda que puede/ tocar las estrellas imposibles/ con los dedos del canto."

De poeta a poeta, Jorge Charpentier conversa desde estas páginas líricas escritas por Laureano Albán para su Enciclopedia de maravillas. Indudablemente quien puso el relámpago fue la poesía, esa que se pone a llorar cuando la dejan sola



Víñeta de los tres tomos de la *Enciclopedia de Maravillas*, foto de Jorge Albán